

MÁS ALLÁ DE LA RAZÓN LIBERAL: DESBORDES, HETEROGENEIDAD Y CONTRADICCIÓN. UN ESTUDIO CRÍTICO DE LA PERSPECTIVA DE LOS GOVERNAMENTALITY STUDIES.

Ana Grondona

Becaria post-doctoral CONICET - Inst. de Investigación "Gino Germani" -
Fac. de Cs. Sociales – Universidad de Buenos Aires
analuciagrondona@gmail.com

Victoria Haidar

Becaria post-doctoral CONICET - Inst. de Investigación Jurídicas y
Sociales "Dr. A. Gioja" - Fac. de Derecho – Universidad de Buenos Aires
vhaidar@fcjs.unl.edu.ar

Resumen

El presente artículo tiene como objetivo analizar la recepción argentina de los *governmentality studies*, particularmente con los denominados *anglofoucauldians*. En esta dirección, nos referimos, inicialmente a los “deslizamientos” y “sobreentendidos” implicados en la traducción local de la perspectiva que examinamos. En segundo lugar, en un nivel más teórico y general, abordamos las limitaciones que supone la analítica del gobierno entendida en términos de la descripción de unas *racionalidades* políticas. En este punto, proponemos un modo alternativo, aunque complementario, de reflexión sobre las prácticas discursivas de gobierno. Para ello, nos nutrimos de las elaboraciones provenientes del análisis materialista del discurso. Finalmente, en las conclusiones reflexionamos acerca del *Sur* como posición enunciativa desde la cual contribuir al debate teórico-conceptual sobre el problema del gobierno y la gubernamentalidad.

Abstract

This article aims to analyze the reception of governmentality studies (GS) in Argentina, particularly with the so-called anglofoucauldians (AF). In this direction, we refer initially to the multiple "misunderstandings" involved in the local translation of the perspective under analysis. Secondly, in a more theoretical and general dimension, we address the limitations of the analytical of government understood in terms of a description of political rationalities. Building from this critique, we propose an alternative, although complementary, reflection on the discursive practices of government. In order to do so, we draw concepts and arguments from the materialist analysis of discourse. Finally, we conclude with some remarks regarding the South as a perspective from which to contribute to theoretical and conceptual discussion about the problems of government and governmentality

Palabras clave: racionalidad política – liberalismo – heterogeneidad – discurso.

Key words: political rationality – liberalism- heterogeneity – discourse.

Introducción

El presente artículo está orientado por un doble propósito. Por una parte, ofrecer un balance crítico de un campo de debates, asociado a las recepciones locales del enfoque de los *governmentality studies* (y su pasión por decir “cómo funciona”, “qué hace”, el neoliberalismo). Por otra, presentar (tras haber constatado algunas de sus fortalezas y limitaciones) el primer esbozo de un programa interesado en recrear las herramientas teóricas y metodológicas que se desprenden de dicha perspectiva.

En vistas al ejercicio que aquí proponemos, resulta menester situar a *grosso modo* el contexto de recepción de los *governmentality studies* (en adelante *GS* y *AF* para los *anglofoucauldians*)¹, que aconteció a mediados de

la década del '90 Argentina. En ese momento se registraba una tasa de desempleo superior al 18%. Ello generó, como respuesta espasmódica, la implantación de los programas del Banco Mundial (en adelante, BM) orientados hacia la "Lucha contra la Pobreza" (Aguilar, Alú, Dimarco, Grondona y Montero, 2006). Mientras dichas intervenciones, de orientación neoliberal, se obstinaban con responsabilizar y activar "beneficiarios", de la mano de las movilizaciones populares que tuvieron lugar en la Patagonia y en la Puna, cobraba forma un movimiento social de trabajadores desocupados que pronto sería conocido con el nombre de "piqueteros".

Ambas series de hechos están, obviamente, indisociablemente unidas. Pues bien, el peso de esa obviedad -al menos para el sentido común de cierta investigación social en la Argentina- iba a tener significativos efectos en la recepción de los trabajos de los AF sobre la que el presente *dossier* nos propone reflexionar. Si los documentos del BM y los de los nacientes movimientos de trabajadores formaron parte del dominio de actualidad en el que se inscribían las lecturas de los GS,² otro tanto debe decirse de las reflexiones de tono más académico que se ensayaban desde las universidades. Entre los autores más citados de la época se destacaban Robert Castel, Loïs Wacquant, Benjamin Coriat, Zygmunt Bauman, Cornelius Castoriadis, Pierre Rosanvallon, Gilles Deleuze y Jacques Donzelot.

Todas estas voces confluirían, también, en el texto que inauguró el debate local en torno a los trabajos de los GS: "La espacialidad del ojo (miope) del poder. Dos ejercicios de cartografía social", publicado en 1998 por la Revista *Archipiélago*. En ese artículo, Pablo de Marinis introducía algunos conceptos medulares de este enfoque, al tiempo que cifraba (probablemente, sin saberlo) algunas de las preguntas alrededor de las cuales el mismo sería "puesto en movimiento", en los años subsiguientes. Esas inquietudes, curiosamente, no eran tanto las que emergían, repetitivamente, de aquella perspectiva (¿cómo se gobierna a-través-de la responsabilización individual y comunitaria?) sino que estaban mucho más próximas a las formuladas, en esos mismos años, por Wacquant y Castel.³

Así, en la Argentina, la cuestión de los modos neoliberales de gobierno -



innovadoramente planteado por los GS- aparecería ligada a la reflexión que suscitaban dos problemas sociológicos: las transformaciones de la “sociedad salarial” y los cambios experimentados en las estrategias de “control social”. Vinculadas con el primero de esos dos problemas, las reflexiones que a continuación proponemos emergen de nuestra propia práctica de investigación y del uso que, en ese contexto, hemos hecho de las herramientas de los GS para dar respuesta a algunos de los interrogantes que suscitan los modos de gobierno de las poblaciones. En este sentido, conviene adelantarlo, no presentaremos aquí un argumento respecto de las fallas de ciertos conceptos para analizar las condiciones “excepcionales” de la periferia. Por el contrario, pensamos que las inconsistencias a las que haremos referencia, se refractan de un modo más general sobre los propios contextos de emergencia de los GS. La excepción se mostrará, entonces, como la regla.

En el recorrido del artículo, abordaremos, en primer lugar (apartado I) el problema de la pertinencia y adecuación de algunos de los diagnósticos y conceptos propuestos por este enfoque para el abordaje de las peculiares constelaciones gubernamentales que se han desarrollado a lo largo de los siglos XX y XXI en la Argentina. Luego, en un nivel más teórico (apartado II), indagaremos en las limitaciones que supone la analítica del gobierno entendida como estudio de *racionalidades* políticas. En este punto, propondremos un modo alternativo, aunque complementario, de reflexión sobre las prácticas discursivas de gobierno. Para ello, nos nutriremos de las elaboraciones provenientes del análisis materialista del discurso que desarrollaron, desde Francia, Michel Pêcheux (1990) y Jean Jacques Courtine (1981). En las conclusiones retomaremos la reflexión, apenas esbozada en el párrafo anterior, acerca del *Sur* (De Sousa Santos, 1998) como posición enunciativa desde la cual contribuir al debate teórico-conceptual sobre el problema del gobierno y la gubernamentalidad.



I.- Los diagnósticos de lo social entre su invención y su muerte: ¿un liberalismo sin bordes?

El objetivo de este apartado es revisar uno de los diagnósticos más prolíficos de los GS en estas latitudes. Nos referimos al análisis en torno a la “crisis de lo social” el que, a su vez, puede desdoblarse en tres dimensiones. La primera remite al modo en que los GS caracterizaron ese lo “social” en el momento en que estaba en pleno proceso de “desconversión” (De Marinis, 2011), y en particular, a la manera en que vincularon esta forma de gobierno de las poblaciones con la racionalidad liberal. La segunda dimensión refiere al modo de caracterizar las singularidades de su “crisis” y, asimismo, el proceso de emergencia de modos alternativos de gobierno de las poblaciones. Finalmente, la tercera concierne a las descripciones del “neoliberalismo” o “liberalismo avanzado”, la “nueva” modalidad emergente de conducción de conductas que estos autores colocan en lugar de los regímenes welfaristas.

Indagando en la primera dimensión, observamos que buena parte de los textos de los AF respecto del “gobierno social” de las poblaciones quedan presos de una singular paradoja: si bien estos análisis presuponen, por una parte, una crítica radical a la construcción de “modelos” y “tipos ideales” y, por la otra, un desplazamiento respecto de las explicaciones signadas por una “dialéctica” de grandes movimientos, caen alternativamente en ambas trampas.

1.1 “Lo social” y el Sur como punto de vista de la contingencia

En *Powers of freedom*, Nikolas Rose retoma la hipótesis de Jacques Donzelot (2007) relativa a la “invención de lo social”. Ello parece ponerlo a resguardo de esquematismos apresurados. “Lo social” se despliega en todos sus matices: el del solidarismo, el del mutualismo, el de las técnicas del seguro, el del neocorporativismo de entreguerras y el del keynesianismo, por consignar algunos. Asimismo, la referencia a Donzelot trae, saludablemente, no sólo las voces de “reformadores” o de “expertos”, sino otras, las voces de la calle, de la Asamblea y de las barricadas. En este marco, la invención de “lo social”

presupone (no es ocioso recordarlo) la *cuestión social*, es decir, el conflicto, la contradicción: la lucha de clases. Ahora bien, en la recuperación que Rose efectúa de ese texto, estas voces resultan casi inaudibles.

Nos interesa, particularmente, analizar los modos en que actúa este “acallamiento” porque, según entendemos (y sobre ello volveremos en el apartado siguiente), la sobre-simplificada reflexión acerca de las formas de gobierno social y del liberalismo que producen los GS se debe, en gran medida, a su opción por (no) lidiar con la heterogeneidad constitutiva del discurso; heterogeneidad que -es preciso aclarar- sólo puede ser percibida por una mirada entrenada en el uso de ciertas técnicas de investigación, tales como las que emplean la sociología y la historiografía, disciplinas ciertamente desdeñadas por aquellos autores.

Detengámonos, a fin de desplegar nuestro argumento, en tres afirmaciones que, en contextos disímiles, realizaron tres autores clave de la perspectiva que aquí nos interesa analizar:

(a) “Debemos enfatizar que el modo clásico del gobierno liberal *siempre contuvo la posibilidad activa de expansión y centralización de la actividad del Estado* en su forma de economía, de modo que atraviesa *oposiciones vacías* como individualismo y colectivismo, *laissez-faire* e intervencionismo, etc.” (Dean, 1991: 6, énfasis nuestro).

(b) “[Para la economía política clásica] los acontecimientos se territorializaron al interior de un *espacio nacional*, y fueron considerados como cuestiones gobernadas por leyes y relaciones cuyo alcance y cuyos límites parecían superponerse con *el mapa del territorio de dominación política*. Ya no es tan fácilmente imaginable ‘una economía’, naturalmente *co-extensiva con el espacio del Estado nación*” (Rose, 2007b: 127, énfasis nuestro).

(c) “*Liberales* (Keynes y Beveridge) fueron los arquitectos del Estado de Bienestar: *otros liberales* han sido sus críticos y reformadores” (Donzelot y Gordon, 2008: 56, énfasis nuestro, traducción propia).

Estas afirmaciones suscitan una serie de interrogantes, todos vinculados al problema de la heterogeneidad. A nivel teórico, cabe preguntarse en qué sentidos se afirma que el liberalismo “contuvo” ciertas posibilidades que desplegaría en el decurso de la historia: ¿de qué naturaleza es esa contención, se trata de una “virtualidad”, de una “potencia”, de una posibilidad “lógica” que se despliega en la historia?



Pero, asimismo, de esas afirmaciones se desprenden otro conjunto de cuestiones. En primer lugar, cabe preguntarse si la materialidad del archivo permite afirmar que para la economía política liberal el concepto de “mercado” resultó asimilable, sin más, al concepto de “nación”, en los términos en que resultan tan claros en la formulación de Nikolas Rose. Además de ese problema empírico, cabe reflexionar, en una dimensión metodológica, en qué medida es apropiado hacer de Beveridge y de Keynes liberales “sin más”. Finalmente, también emerge la inquietud política relativa a los efectos derivados de pensar al liberalismo (“social”, “keynesiano”, “solidarista”, “avanzado”) como un discurso sin exterior.

Pues bien, tomando el gobierno (liberal) social tal como lo describe Rose (en el momento de su mayor rigor teórico e histórico), la articulación entre solidarismo, dispositivos de seguridad social, neocorporativismo y keynesianismo, no involucra asumir que esos elementos diversos dependan los unos de los otros. Lejos de presuponer la unidad de no sabemos qué principio o lógica común, tal ensamblaje debe *explicarse*, porque las memorias y condiciones de emergencia de cada uno de los elementos que lo componen son, justamente, irreductibles.⁴

En este punto, el *Sur* se vuelve un punto de vista privilegiado. Aquí resulta más que evidente que los elementos que conformaron el régimen “bienestarista” portan diversas “marcas de origen”. También, que su articulación fue contingente, cuando no depuesta, postergada o directamente inexistente.

Aunque en tiempos “post-marxistas” puede resultar una provocación recuperar la teoría trotskista sobre el desarrollo desigual y combinado, entendemos que ilumina las singularidades del ensamblaje de “lo social” en la Argentina. Según ésta, la “asimilación”, por parte de los países “atrasados”, de las conquistas materiales e ideológicas de los países más “avanzados” no reproduce todas las etapas de los contextos “de origen”, sino que se confunden en ella distintas fases. A partir de ello, el resultado se muestra “confuso, embrollado, mixto” y “contradictorio” (Trotsky, 1999).⁵

Pues bien, a fin de ilustrar nuestro argumento, tomemos como ejemplo,

el principio según el cual los dominios de lo económico y de lo social resultan distinguidos, pero gobernados en vistas a su optimización conjunta –que en otros contextos asimilaríamos al “keynesianismo” (elemento clave del “gobierno social”). En el caso de Argentina, por el contrario, debemos lidiar con un objeto complejo y estriado, en el que se superponen diversas capas de memorias discursivas (muchas veces, de modo contradictorio). Por comenzar en un punto (que nada tiene de “origen”) cabe remitirnos al papel de Alejandro Bunge (1920) y su prédica sobre la necesidad de industrialización, por una parte, y de especialización y conservación del capital-humano (como población), por la otra. Este economista, a la vez católico y “modernizador”, insistió por décadas (1910-1940), desde el Departamento Nacional de Trabajo o desde la *Revista de Economía Argentina* (REA), sobre la necesidad de proyectar *políticas* económicas; enfrentando, por lo general, la indiferencia de las élites locales.

Por cierto, esta “recepción” de la Escuela de List, articulada con otras “memorias locales”, fundaría un nutrido campo de debates (alrededor, justamente, de la REA, ver Llach, 2004) que, a su vez, alimentó corrientes económicas muy distintas que se articularon en diversas estrategias, incluidas la de la “economía peronista” y el “desarrollismo” de fines de los cincuenta. Tal fue el caso de Raúl Prebisch, quien devino el experto económico preferido del “desarrollismo latinoamericano”, indisociablemente unido al Centro de Estudios Latinoamericano para América Latina (CEPAL).

Ahora bien, la teoría desarrollista, que “emerge” de un complejo derrotero (apenas esbozado aquí) no resulta asimilable ni al keynesianismo, ni al mercantilismo, ni al liberalismo, ni a la teoría de la modernización; se presenta, por el contrario como algo “embrollado, mixto y contradictorio”. Más complejo aún resulta el entramado de la “economía peronista”.⁶

Por cierto, ninguno de estos gobiernos económicos se articuló en la matriz *socia/* tal como la describimos más arriba. Por una parte, las tecnologías del seguro fueron en nuestro contexto muy limitadas,⁷ al tiempo que las estrategias neocorporativas de negociación no estuvieron disponibles para las administraciones identificadas con la “racionalidad desarrollista”. Debe tomarse nota de que el único modo de dar cuenta de esta (des)articulación es



atendiendo a la dinámica de los actores tal como ella se desplegó en distintos contextos históricos, alrededor de determinados problemas.

Lo que muestra a las claras el caso “Argentina” es que no sólo la cuestión social se inscribió en un campo de disputas entre actores sociales, sino que los modos en que ella fue administrada, lejos de derivarse de “dinámicas internas” de una racionalidad, fueron el resultado de compulsas en diversos campos. La oportunidad que los “reformadores” encontraron en otros contextos -en virtud de una alianza contingente con oligarquías agrarias en pie de guerra con una burguesía en expansión, de determinada configuración del aparato estatal, de cierta trayectoria del sindicalismo etc.- debe ser analizada y explicada. Ello supone, no sólo revisar las dinámicas de las relaciones de clase, sino en sentido más amplio, dar cuenta de los entramados institucionales que tejieron “lo social” y que lo hicieron posible. Resultaría casi imposible dar cuenta de los modos en que en la Argentina se delimitó el gobierno (*sui generis*) de lo social sin atender al papel de los sindicatos, de la Iglesia, de las FF.AA o del Museo Social Argentino.

1.2 El “olvido” de la nación

Aun en la descripción de los regímenes liberales y liberal-sociales, los GS se olvidan que, en las sociedades capitalistas, democráticas y liberales de Occidente, no sólo se ha gobernado en nombre de la economía y en nombre de la sociedad, también se ha gobernado en nombre de la nación.

A fin de dar cuenta de esta dimensión del gobierno, en primer lugar analizaremos la relación entre “nación” y “mercado”. En diversos pasajes (entre ellos, la cita b que hemos transcrito más arriba) los GS escapan a la problematización de esta relación. Sin embargo, si atendemos a la disputa que Friederich List (1955 [1844]) introduce respecto de este punto, debiéramos poner en duda la naturalidad con la que ambos términos supuestamente se habrían articulado en la racionalidad liberal:

“Según esta doctrina. [*entiéndase: la economía clásica*] indudablemente, los salvajes deberían ser los productores más activos y ricos del Globo, pues en ninguna parte el individuo está más abandonado a sí mismo (...).

La Estadística y la Historia enseñan, por el contrario, que la acción del Poder Legislativo y la Administración se hacen por todas partes más necesarias a medida que se *desarrolla la economía de la nación*. Lo mismo que la libertad individual en general sólo es buena en cuanto no contraría el fin social (...) en cuanto esta actividad sea conciliable con la *prosperidad de la nación*" (List, 1955: 155, énfasis nuestro).

Si más arriba señalábamos la necesidad de incluir una pregunta por las relaciones de fuerza entre actores e instituciones involucradas en el gobierno social, deberíamos añadir otra sobre las posiciones en la división internacional del trabajo. List, quien sería uno de los principales enemigos de la Escuela de Friburgo, fue explícito respecto de este punto: para Alemania el libre cambio era una receta contra la prosperidad, en tanto, a diferencia de Inglaterra, allí no se había desarrollado la industria.

Podría argumentarse que en la prédica de este economista actúan las determinaciones propias de la "excepción alemana". Sin embargo, la denegación de la tensión entre ambos términos resulta también paradójica en el caso de los AF si atendemos a que el Reino Unido sirvió de contexto de emergencia de lo que se conoció como *one nation conservatism* (conservadurismo de *una nación*) durante la segunda mitad del siglo XIX. Operaba aquí una interpelación conservadora a construir "una nación", frente a una sociedad desgarrada en clases, producto de los ritmos acelerados de la modernidad. En este punto "la nación" como modo de protección (económica y social), lejos de ser una pura "inflexión" de una racionalidad liberal, también en Inglaterra, resulta un espacio de transacción entre movimientos obreros, conservadores vinculados a la tierra y liberales dispuestos a abarrotar los mercados del Imperio Británico con sus mercancías. Por cierto, el "capitalismo popular" de Margaret Thatcher se presentó como una desarticulación del paternalismo Tory alrededor de esa consigna, que reforzó sus contenidos más patrióticos y guerreros, obturando los más "paternalistas" (Evans, 2009).

Mientras en algunos pasajes las complejas inflexiones de la relación mercado-nación reciben la atención de los GS (Miller y Rose, 1992: 86), resulta quizás más generalizada la desconsideración de "la nación" en cuanto "punto de vista" político-militar desde el cual gobernar. En efecto, éste parece haber

quedado fagocitado por el de “la sociedad”.

Mirado desde el *Sur*, este olvido tiene importantes consecuencias para el análisis, pues en ninguno de nuestros países la conformación de la nación (ni política ni económica) fue un dato que operó “de suyo”. Por una parte, tenemos los singulares procesos de “des-colonización” y sus marcas. Por otro lado, buena parte de su población se ha conformado a partir de flujos inmigratorios (cuya “homogenización” dependió de dispositivos sociales, biopolíticos y disciplinarios). Finalmente, la inserción en la economía mundial construyó lazos de fuerte dependencia económica. La “nación” no puede darse por supuesta, ni rehuir a los complejos modos en que ella fue delimitada desde el Estado. Como ya se ha señalado (Haidar, 2008, 2011b), éste ha desempeñado un rol fundamental en la configuración de los regímenes de gubernamentalidad en el país. Pero, asimismo, porque, además de los políticos, las burocracias, los expertos, las organizaciones internacionales el escenario latinoamericano (y, también, por supuesto, aquel de los países centrales) exhibe como otro foco relevante de “programación” a las fuerzas amadas.

Ligada a esta última cuestión queda también abierta la pregunta respecto de la escasa atención que los GS parecen haber dado a la cuestión de la guerra, central en el despliegue de la denominada “sociedad del bienestar”.

Una excepción interesante a este respecto es la de Mitchell Dean, quien también dedica un capítulo de su trabajo de sistematización (*Governmentality*) a trabajar sobre la gubernamentalidad autoritaria (1999: 131 y sgtes.). Allí propone una reflexión sobre (a) los regímenes no-liberales de prácticas y discursos que, sin embargo, forman parte de la racionalidad liberal (ejemplo de ello, serían los *workhouses*); (b) las prácticas discursivas y extra-discursivas no-liberales que adquieren cierta legitimidad al interior de democracias liberales (aquí se ubicaría la tolerancia a los “despotismos medidos” para los “salvajes” o el uso de la tortura en ciertos casos); y (c) las formas *no liberales* de gobierno, propiamente dichas (nazismo, estalinismo).

Pues bien, aunque reconocemos en estas reflexiones antecedentes a nuestra propia crítica, la insistencia de Dean en hacer del liberalismo una

racionalidad que se auto-despliega en la historia presenta múltiples contradicciones y nos deja sin repuestas demasiado convincentes a la hora de analizar dinámicas históricas concretas. Las alternativas de pensar, por ejemplo, los “populismos latinoamericanos” o bien como derivas de un totalitarismo asimilable al nazismo, como un despotismo mesurado para un pueblo “atrasado” o bien con una forma de liberalismo social, se muestran igualmente improductivas. Entendemos que debiera darse cabida, conceptualmente, a pensar semánticas *políticas* de gobierno de las poblaciones en nombre de la nación, sin reducirlas a “rezagos” de mercantilismo ni de “atraso”.

1.3 Liberalismo ¿una racionalidad “catch all”?

Pasemos, pues, a los interrogantes que planteábamos más arriba en relación a la pertinencia metodológica (y, si se quiere, heurística) de incluir en una misma serie a William Beveridge, Adam Smith, Jean-Baptiste Say o John Maynard Keynes ¿Cuáles son los “límites” de esta racionalidad liberal? ¿Cuáles sus desbordes? En este punto debemos lidiar con las singularidades del propio planteo de Foucault sobre el “liberalismo”, pues es éste el que habilita la construcción de la serie que retoman los GS.

Según lo expuesto por este autor en el seminario de 1978, entre los rasgos específicos del arte liberal de gobierno se destaca la constitución del mercado como lugar de veridicción. En este punto, el “gobierno” se especifica en el sentido restringido de arte de ejercer el poder en la forma de la “economía”, ciencia de movimientos y ciclos. Este saber (el de la economía) y este ámbito (el mercado) se conjugaron en un régimen de limitación de la razón gubernamental “desde dentro”.

Ocurre, y este es una cuestión clave, que el funcionamiento “irrestricto” del mercado puede ponerlo en riesgo. Esto último resulta evidente en las amenazas que el “molino satánico” (al decir de Polanyi, 1989) supuso para la disponibilidad de fuerza de trabajo en el mercado. Según explica Foucault, en virtud de estos “peligros” se ponen en marcha *mecanismos de seguridad* que



intervienen sobre el juego de intereses, por ejemplo regulando el contrato de trabajo.

En este punto, la problematización foucaultiana del liberalismo se cruza con la de la biopolítica. En el campo de los GS, esta relación ha dado lugar a distintas conceptualizaciones que, sin embargo, parecen mostrar escasa sensibilidad frente al carácter “plural” y “multifacético” que han asumido las estrategias biopolíticas en las sociedades liberales y capitalistas.

Así, los argumentos centrales de *The politics of life itself* (Rose, 2007) brotan de ese espacio prometeico, en donde la biopolítica empalma con el neoliberalismo. Sin embargo, hay un problema que está en corazón de esa clase de acoplamientos (que tanto interesaban a Foucault) que para los GS ha pasado generalmente inadvertido: la relación entre el biopoder y las modalidades en que históricamente se configuró el capital humano.

Ciertamente, Rose se hace eco de la literatura que piensa la relación entre la producción de bio-valor (con sus lógicas y circuitos) y la producción de plusvalía. Pero se olvida que, del apareamiento cambiante (y siempre condicionado por el estado de las relaciones de fuerza) entre el vector relativo a la maximización de la libertad (liberalismo) y aquel atinente a la maximización de la vida (biopoder), emergen, como resultado, unas formas históricas de objetualización y subjetivación de los hombres que, en virtud de ese movimiento, han devenido tanto *patrimonio biológico* del Estado como *empresarios de sí mismos*.

Sólo con la finalidad de provocar la reflexión, cabe señalar que ya desde las primeras décadas del siglo XX circulaban en la Argentina toda una serie referencias discursivas que hacían pensable y gobernable el “capital humano”, entendido no en el sentido “neoliberal” al que estamos acostumbrados, sino en una perspectiva poblacional (Grondona, 2012b) y “holista” (Haidar, 2011a).

En la mirada de los GS, el hecho de que la conservación y maximización de la vida haya funcionado históricamente como condición para la producción de plusvalía y la maximización de la libertad (de los otros y de uno mismo) se escabulle. Hay una agenda de indagaciones que se deriva de este planteo, que tiene que ver con la relación entre la biopolítica y el trabajo asalariado, que la



obra de Foucault habilita sin demasiados ambages.

Así, mientras Rose emplea el término “bioeconomía” para describir las producciones de vanguardia de las industrias farmacéuticas del siglo XXI, Foucault (2006:105) lo utiliza, en su seminario del año 1978, para referirse a las capas arqueológicas más profundas del liberalismo: la remisión es, aquí, a Thomas Malthus. Contra ciertas lecturas que insisten en despojarlos de toda huella marxiana, pensamos que, en los escritos foucaultianos, la relación entre la perspectiva (biológica) de la población y aquella (socio-económica) de las clases no está del todo ausente. Tal como recuerda Lemke (2005; 2010), un autor afín al círculo de los *AF*, uno de los ejes de la indagación de Foucault remite a la cuestión del vínculo entre la constitución de una sociedad capitalista y el nacimiento de la biopolítica.

Sabemos, desde Marx, que la acumulación depende de la reproducción del cuerpo (libre) del trabajador, pero, sobre todo, del cuerpo colectivo de la fuerza de trabajo. Y, si la producción de ese cuerpo es, como señala Frade (2007) un “asunto cabal”, el análisis de la retórica liberal no debería presumir el carácter “natural” que ésta le asigna. En fin, la pregunta por la agencia de los seres vivientes como “clase” no supone descartar otra que apunte a analizar su producción como “población”.

Ahora bien, los mecanismos de seguridad puestos en marcha para conjurar los peligros del “capitalismo salvaje” que amenazan la reproducción del plusvalor (atado, siempre, al cuerpo individual y colectivo de la fuerza de trabajo) traerán aparejados, inmediatamente, otros nuevos. En este sentido (y según han denunciado los economistas neoliberales) la intervención no hará más que propagarse en nuevos gestos de voluntad política que se constituirán como nueva amenaza al mercado y, con ello, a la libertad.

Desde esta perspectiva, entonces, Adam Smith y William Beveridge resultan, efectivamente, dos momentos de una misma racionalidad y una misma forma del cálculo. No es casual que, justamente en este punto, Foucault vuelva a vincular la historia de la gubernamentalidad y sus crisis a las del capitalismo.

En este sentido, y más allá de las objeciones que pudieran hacerse a



algunas de las consideraciones de los seminarios sobre liberalismo y neoliberalismo, resulta fundamental subrayar el punto de vista que ellos construyen. Foucault revisa los modos que adquiere el gobierno de las poblaciones desde el siglo XVII hasta el siglo XX. Se trata de una mirada sobre “el largo tiempo” que, además, pretende dar cuenta de por lo menos dos cuestiones sumamente abstractas y genéricas: Por un lado la cuestión de la relación “gubernamentalidad”-capitalismo, pero, como si ello fuera poco, también hay un ajuste de cuentas respecto del papel del “Estado Moderno” en el marco de su teoría del poder.

Ahora bien, cuando esta perspectiva se traslada a los GS y su “historia del presente”, cuyo recorrido es mucho más acotado, el resultado es muy distinto. Lo que en el caso de Foucault aparece como una *rarificación* del presente (insistimos, por el punto de vista desde el que se construye), se transforma en una naturalización e incluso una celebración de “lo dado”.

Esta suerte de “desnivel” entre el grado de abstracción y generalidad de ciertos conceptos en la formulación foucaultiana y su uso como herramientas para caracterizar procesos de más corta duración suele salvarse en los estudios empíricos más apegados al archivo. Tal es el caso del trabajo de Miller y Rose *Governing economic life* (1990), en el que la pregunta por la emergencia del gobierno económico de la nación moviliza un minucioso análisis documental (en la mejor de las tradiciones de la arqueología) que recorre desde los debates en torno al diseño de las tablas de las cuentas nacionales en la década de 1930 hasta la “invención” de las tecnologías del cálculo del *cash flow*. Nos interesa subrayar que en estos estudios la recuperación de la arqueología pareciera evitar la doble amenaza (a la que aludíamos más arriba) de estabilización de la perspectiva de los GS en “modelos” y de la delimitación del liberalismo como una suerte de “Razón histórica” de la modernidad.

1.4 La creatividad del análisis: los GS y la descripción del neoliberalismo

Tal como señala, por ejemplo, Grinberg (2007) la traslación de los diagnósticos

AF al contexto argentino requiere de numerosas mediaciones. Por una parte, si las condiciones de lo social, como hemos visto, fueron aquí distintas, también lo fueron las de su “desconversión”. En tanto las formas de protección social no adquirieron el estatuto de instituciones estables, al desmontarlas, la inseguridad y la vulnerabilidad generadas fueron muy superiores a los países centrales.

Por otro lado, la crítica al “*welfare*” no se presentó del mismo modo en nuestro contexto. Aunque entre fines de los ochenta y comienzo de los noventa circularon objeciones al “Estado elefante”, su “ineficiencia”, su burocracia, así como al abultado gasto público y a las corporaciones de intereses, no se problematizó del mismo modo la “dependencia” de beneficiarios de la asistencia social, ni la supresión de otras formas de solidaridad, ni la necesidad de generación de una mentalidad clientelar. En todo caso, algunas de esas críticas coinciden con la reacción de los clásicos discursos del “anti-peronismo”, como “reacción liberal” contra estrategias de gobierno de corte social/popular.⁸ Tampoco la descripción relativa al “nuevo prudencialismo” (O’Malley, 2006) resulta totalmente apropiada, dado que, nuevamente, supone mecanismos de seguridad social que en Argentina no existieron en todos los sectores.

A diferencia de lo que suele describirse para EE.UU y Europa, en el caso argentino, el desbloqueo y generalización del neoliberalismo como modo de gobierno de las poblaciones no resultó, al menos principalmente, a partir de la saturación de la crítica (por izquierda y por derecha, como gustan decir los GS), sino de acontecimientos traumáticos puntuales como “el Rodrigazo” de 1975, la estrategia del terror en la última dictadura militar entre 1976 y 1983 y las corridas hiperinflacionarias de la década de los ochenta (Grondona, 2012a).⁹ Así, en nuestro contexto la generalización del neoliberalismo estuvo signada por el terror y la muerte (Murillo, 2008).

Esta clase de planteo contrasta de manera notoria con la forma en que Nikolas Rose piensa el vínculo entre neoliberalismo y biopoder. En su libro *The Politics of life itself* (2007) abandona la perspectiva genealógica para sustituirla por una mirada “cartográfica”, entendiendo que la biopolítica del siglo XXI se diferencia radicalmente de las intervenciones “eugenésicas” que desarrollaron



los Estados totalitarios (y, asimismo, ciertos Estado de Bienestar de la segunda post-guerra).

Asimismo, se detiene especialmente a criticar las perspectivas que han anudado la biopolítica a la tanatopolítica. En particular, impugna la tesis de Giorgio Agamben (2003) que sostiene una continuidad entre las formas contemporáneas y arcanas de politización de la vida: “si podemos acordar con Agamben que hoy la vida misma es doblemente valorada y sujeta a recurrentes juicios de valor, los problemas de nuestros tiempos no son reactivaciones del pasado. *Ningún soberano desea o planea la enfermedad o la muerte de nuestros jóvenes ciudadanos*” (Rose, 2007:58, énfasis nuestro).

Esta última sentencia pareciera desatender el papel que ha cumplido la muerte de jóvenes ciudadanos no sólo en la emergencia de los neoliberalismos de la periferia, sino en su reproducción cotidiana, bajo las figuras del “gatillo fácil” o, la más global, políticas de “tolerancia cero”. En esta dirección, quisiéramos cancelar el gesto que haría de las sangrientas dictaduras latinoamericanas - laboratorios de experimentación y antesala imprescindible del neoliberalismo- una excepción conjugada a partir de rezagos y de “atraso” (un modo elegante del “barbarismo”). Es que entendemos que estos “casos”, por el contrario, devuelven preguntas que los intelectuales del centro no debieran evadir: ¿cuál fue el papel del fantasma del nazismo en la posibilidad de desbloqueo de la racionalidad neoliberal de gobierno en el contexto alemán? ¿Cuál la de la crisis de las instituciones estadounidenses luego de la devastación generacional que supuso Vietnam? Convendría, así, suspender el gesto que emplaza esas intromisiones “violentas” en un lugar de exterioridad respecto del gobierno “auténticamente” liberal de las poblaciones.

Lejos de pensar en figuras ligadas a la muerte, *The Politics of life itself*, Rose tiende reducir la alianza entre biopoder y neoliberalismo a unas “tecnologías de la vida [que] buscan remodelar el futuro vital a través de la acción en el presente vital” (Rose, 2007:17-18).

En gran medida, con su diagnóstico, el autor salió al cruce de las voces precautorias (cuando no conservadoras y anti-cientificistas) que emanaban de los discursos bio-éticos que acompañaron, al menos en el ámbito anglosajón,



el *boom* de las bio-ciencias. Lejos de estas voces alarmadas y quejumbrosas, se celebra el acoplamiento estratégico entre la maximización de la vida y la maximización de la libertad de elección (encastre que debemos tanto al neoliberalismo como al avance de las bio-ciencias y el sentido de la oportunidad de los capitales de riesgo).

Indudablemente, esta articulación teórica entre neoliberalismo y biopolítica inaugura un campo fértil y relevante para la investigación social,¹⁰ como es el de la reproducción asistida, las reasignaciones de género o las neurociencias. Sin embargo, convendría que todo ello pudiera conjugarse (en términos teóricos) con otros modos de intervención biopolítica sobre las poblaciones “marginales”. En este sentido ha argumentado, por ejemplo, Thomas Lemke (2005).

Por otra parte, las objeciones esbozadas en torno al diagnóstico sobre el neoliberalismo no debiera opacar el innegable entusiasmo con el que muchos recibimos los textos de los GS hace ya algunos años. Esa literatura nos permitió superar las caracterizaciones que tendían a confundir las transformaciones en el régimen de acumulación capitalista con las transformaciones en el régimen de gubernamentalidad. Hizo que pensáramos en el neoliberalismo como una constelación compleja, en las que no todo se reduce a falsas retóricas ni a la “retirada del Estado”.

Asimismo, ante la determinación de estudiar *foucaultianamente* el poder y el desconcierto de “no-saber-cómo”, los GS representaron un bálsamo. Sus textos fueron, con nosotros, por demás de generosos: contextualizaron, glosaron y revisaron nociones claves como “gobierno”, “gubernamentalidad”, “subjetivación”, etc.; produjeron genealogías del Estado de Bienestar, del gobierno de la pobreza, del liberalismo, etc. y, al tiempo que se preguntaban por los tópicos “de moda” (el “riesgo”, el control social “post-disciplinario”, la “comunidad”) ofrecían caracterizaciones alternativas a las que emanaban de las narraciones sociológicas de la “segunda modernidad”, la “sociedad del riesgo” y la “modernidad reflexiva”.

Además de todo ello, esos textos eran elocuentes, expansivos, efusivos. Aludían explícitamente a las perspectivas y corrientes intelectuales que los



habían influenciado, contenían análisis de fuentes primarias, se detenían en aclaraciones epistemológicas y hasta contaban con referencias bibliográficas bien nutridas.

Quedaba en nosotros la responsabilidad de lidiar con nuestras propias fuentes, para descubrir, que, por ejemplo, en el caso de la Argentina, junto con los expertos de los organismos internacionales y sus remachados repertorios, el despliegue del arte de gobierno neoliberal involucró también *otras* discursividades, como las del catolicismo social o las del peronismo “modernizador” (Grondona, 2012a).

Por otra parte, más allá de la aversión por los universales, los ejercicios tipológicos y las generalizaciones de toda índole y a contrapelo del sesgo anti-teorizador del propio Foucault, los autores anglo-foucaultianos se aventuraron a producir sistematizaciones conceptuales, consiguieron identificar “familias de gubernamentalidad” (Rose y Miller, 2008:17) e incluso, elaboraron diagnósticos de época bastante consensuados (al menos, al interior del movimiento), tales como aquellos relativos a “la muerte de lo social”, al “*revival* de la comunidad” o el “nuevo prudencialismo”.

A pesar del propósito de sistematización -e, incluso de la voluntad “pedagógica”- que trasuntan los escritos de los GS, no podemos dejar de encontrar, en sus “familias de gubernamentalidad” una economía algo caprichosa en la distribución de “continuidades” y “rupturas”. Por una parte, como señalamos más arriba, “el liberalismo” aparece caracterizado como un *continuum* que se auto-despliega en el tiempo y engloba, sin más, el “gobierno social”. Por otra parte, se remarcan ciertas “novedades” que serían “propias” de su versión “avanzada”, en la que el neoliberalismo se articularía con otras perspectivas. Un ejemplo paradigmático de ello sería el rasgo “comunitarista” de los programas del presente (Rose, 1999; Cruikshank, 1994). Sin embargo, como hemos señalado en otra parte (Haidar y Grondona, 2010), estos análisis no sólo escamotean el lugar de “la comunidad” en la teoría liberal (Grondona, 2012b) y neoliberal (Haidar, 2012) sino que también subvaloran su papel en el “gobierno social” de las poblaciones (Grondona, 2009), al tiempo que toman “ligeramente” un concepto cuya carga semántica (sociológica, pero



no exclusivamente) pareciera oportuno revisar con mayor detenimiento.¹¹

Pero, como explicaremos en el apartado siguiente, el problema no se agota en la forma como los GS establecen las “continuidades” y “rupturas”.

II.- Las racionalidades políticas y el problema del lenguaje. Por un “retorno” a la semántica de contradicción

Varios de los artículos y libros de los GS están dedicados, total o parcialmente, a ejercicios de teorización. Así, en *Political power beyond the State* (Rose y Miller, 1992), *Powers of freedom* (Rose, 1999) y *Governmentality* (Dean, 1999), se despliegan las afamadas tríadas formadas por los conceptos de “racionalidades de gobierno-programas de gobierno-tecnologías de gobierno” (en la versión de Rose y Miller) y “episteme-techné-ethos de gobierno” (según la interpretación propuesta por Mitchell Dean), con las que los propios autores armaron sus “historias del presente”.

Toda una generación de investigadores nos servimos de esas categorías para hablar de la gubernamentalidad en la Argentina. Como expresamos anteriormente, fue a partir de la movilización de esas herramientas que pudimos identificar sus límites, los que, a continuación, deseamos discutir.

Una primera limitación refiere a la ausencia, en las indagaciones sobre los programas de gobierno, de un análisis relativo tanto a los presupuestos que condicionan su producción (acontecimientos sociales, económicos, políticos) como a los efectos socio-estructurales (la manera cómo percuten sobre la distribución de la riqueza en una sociedad, sobre la movilización política, la participación electoral, etc.) que se derivan de ellos.

En este sentido, aquello que en la recepción de los GS parecían preocupaciones del *Sur* (la exclusión social, las tasas de desempleo, la derrota de la clase obrera, la emergencia de movimientos sociales de base popular, a las que nos referimos en la introducción.), traficadas en virtud de la sobredeterminación sociológica de aquella matriz, resultan reconfiguradas, desde esta óptica, como elementos que no pueden dejar de estar presentes si se trata no sólo de describir, sino, asimismo de explicar la emergencia, el

funcionamiento y el cambio de los programas de gobierno neoliberales. Así, los “datos duros” relativos al mercado de trabajo y a los sistemas de seguridad social (tasa de desempleo, índice de empleo informal, etc.) o el factor atinente a la desmovilización de la clase obrera que ocasionó el terrorismo de Estado (1976-1983), no constituyen, en la Argentina, derivas *folk* que viene a “colorear” la descripción de programas neoliberales. Por el contrario, son elementos fundamentales sin los cuales la descripción de la gubernamentalidad neoliberal se tornaría ininteligible por la simple razón de que funcionaron como condiciones y/o entraron explícitamente en el cálculo de aquellos actores que, durante la década del '90, impulsaron la “modernización de las instituciones del trabajo y de la seguridad social” en el país.

La ausencia de tal clase de datos estructurales en la reconstrucción que, por ejemplo, Nikolas Rose y Mitchell Dean ofrecen respecto del “liberalismo avanzado”,¹² ilumina una limitación epistemológica y política que afecta tanto sus diagnósticos como la potencia crítica asociada a ellos.

Ciertamente, la caracterización de los procedimientos de subjetivación neoliberal que irradia de los GS es sugerente, pero no deja de estar atravesada por el entusiasmo asociado con la percepción de los efectos “liberadores” y “empoderantes” que el neoliberalismo prometía deparar para las clases medias en la sociedades *post welfaristas*. Es preciso aclarar que al efectuar esta observación no atribuimos al “dato de la clase” el valor de un *correctivo* a posteriori. Nuestro propósito no es introducir una *modulación* que venga a sobre-imprimirse a un modelo, sino plantear una pregunta más general: ¿es posible postular que el liberalismo avanzado -en tanto que régimen de gubernamentalidad- se asienta sobre la maximización de la libertad de elección y la asunción (privada) de riesgos, sin considerar, al mismo tiempo, las diferencias estructurales que separan a los grupos e individuos que son interpelados en nombre de esas consignas?

Por otra parte, la genealogía del liberalismo está plagada de ejercicios de sectorialización y de cálculos acerca de la utilidad de las vidas humanas. Bajo la retórica de las “iguales libertades” y el registro, imaginario, de la autonomía, el liberalismo no ha dejado de establecer áreas de exclusión cuyo

rellenado varía según las circunstancias históricas (pueblos originarios, esclavos, etc.) ni de producir poblaciones residuales u obsoletas (trabajadores incapacitados, sub-clases) que raramente aparecen en el horizonte analítico de estos estudios.¹³ Junto con el olvido del problema de la desigualdad y de las jerarquías, falta en la mayor parte de los trabajos de los GS la pregunta por las formas particulares en que los discursos liberales definen y demarcan el sujeto colectivo del auto-gobierno, aquella “comunidad de hombres libres” (Losurdo, 2005) que constituye el fundamento del orden social. Sólo a través de análisis que no supriman la pregunta por la manera cómo el arte de gobierno liberal delinea sus rangos y pone en funcionamiento mecanismos de exclusión, estaremos en condiciones de hacer visibles los criterios más o menos “universalistas” y “abstractos” y/o “históricos” y “concretos” que las comunidades liberales presuponen (Haidar, 2012).

Pero, además, la omisión del repertorio específico de efectos (de exclusión, jerarquización, reforzamiento de las desigualdades) asociado con los programas neoliberales, opaca la pregunta que justifica y motiva la mirada sobre los discursos de verdad, el interrogante por aquello que explica la asimetría y la subordinación, el desigual reparto de posibilidades de acción que es “lo propio” de las relaciones de poder. Es como si la meticulosidad con la que los GS describen los vocabularios del gobierno, caracterizan las formas en que los saberes expertos circunscriben los espacios del gobierno y establecen los criterios que definen lo verdadero y lo falso, etc., hubiera producido un corto-circuito en el vínculo saber-poder, haciendo olvidar, a tan rigurosos analistas, que si todo ello cuenta es porque produce un “saldo” (inestable, reversible, incluso ambiguo) en el plano de las relaciones de poder. La mirada sobre tales relaciones luce aún más postergada porque, en sus escritos sobre el gobierno, los GS acostumbran a asumir el punto de vista de los “programadores” (generalmente, “mentes liberales”) y a atribuir a tales agentes un grado de omnisciencia, una capacidad de cálculo y de auto-revisión en la que -más allá de la crítica a los universales- se adivinan los trazos de una filosofía de la historia, sobre la que trabajamos más arriba. Esa es la sospecha que los GS han conseguido abonar con lo aquello que *no pueden dejar de*



decir: que la falla es estructural a la operación de gobierno, pero que, justamente por eso es, también, una oportunidad para nuevas (y más eficientes) formulaciones (Malpas y Wickham, 1995; Hunt y Wickman, 1994).

Ya en el artículo de O'Malley, Weir y Shearing (1997) se atribuye a los GS cierta propensión a identificar el gobierno con los "programas" y, de esta manera, a concebir el análisis del poder de manera insular, episódica. Al poner en foco sobre las relaciones sociales, dicha crítica (con todo el esfuerzo que hace para mantenerse alejada del marxismo) abre una grieta a través de la cual la dimensión de la historia (esto es, de las contradicciones) puede reingresar al análisis del poder.

Está claro que poner el foco sobre las relaciones sociales y señalar los "contrastes", las "diferencias" entre programas de gobierno no involucra pensar, de por sí, en términos de contradicciones, es decir, de las relaciones *desiguales* (de oposición, antagonismo, alianza, complementación, relevo, absorción, subordinación, encubrimiento, apoyo, etc.) que se establecen entre y al "interior de" las diversas racionalidades de gobierno (o, en otros términos, de las "formaciones discursivas") que conforman una trama enunciativa más amplia. En este punto, el desplazamiento que sugerimos es mucho más radical que la crítica "desde adentro" de los GS (O'Malley, Weir y Shearing, 1997).

La omisión, al interior del enfoque de los GS del registro de las contradicciones (estrictamente vinculada con la heterogeneidad ausente a la que nos referimos más arriba) se muestra tanto en el auto-proclamado giro empirista (cuyo revés es el desprecio por toda actitud teoricista) como en la distancia entre lo que sus autores "dicen hacer" y "efectivamente hacen" con el lenguaje. Sólo es posible gobernar -nos dicen-, al interior de cierto régimen de inteligibilidad, gobernar es actuar bajo cierta descripción: "El lenguaje no es secundario respecto del gobierno, es constitutivo de él. No sólo hace los actos de gobierno describibles, también los hace posibles" (Rose, 1999:29).

En una línea de razonamiento que evoca la operación de *materialización/historización* del pensamiento que expresa magistralmente la noción foucaultiana de problematización, los GS coinciden con Ian Hacking y Mary Poovey en entender el lenguaje como un "campo epistemológico" que

permite “la producción de lo que cuenta como conocimiento en un momento determinado, y que atribuye relevancia a ciertas categorías, divisiones, clasificaciones, relaciones e identidades” (Poovey, 1995: 3, citado por Rose, 1999). Sin embargo, la perspectiva del grupo se encuentra parcialmente distanciada respecto de las epistemologías históricas. Nos permitimos una cita un tanto extensa de Rose:

“Pero tal vez aun esta caracterización ‘epistemológica’ pueda conducir a errores, en la medida en que puede implicar una sucesión calma y pacífica de cuerpos de conocimiento. No se trata de una cuestión de palabras, conceptos, epistemologías sino de un régimen completo de enunciación. Es decir, un campo agonístico, atravesado por conflictos sobre quién puede hablar, de acuerdo a qué criterio de verdad, desde qué lugares, autorizado en qué formas, a través de qué máquinas de comunicación, utilizando qué forma de retórica, simbolismo, persuasión, sanción o seducción. No es tanto una cuestión de lo que una palabra o un texto significan (...) sino del análisis de la forma en que una palabra o un libro funcionan en conexión con otras cosas, qué hace posible, las superficies, redes y circuitos alrededor de los cuales corre, los afectos y pasiones que moviliza y a través de los cuales es movilizada” (Rose, 1999: 29).

Así, para los GS el lenguaje sólo se puede comprender como “régimen completo de enunciación” si nos aproximamos a lo que se *dice* atendiendo al conflicto y a la relación entre las palabras (lo discursivo) y las cosas (tomadas como ícono de lo no discursivo). El problema está en que esas precauciones teórico-metodológicas (que pueblan las introducciones de sus libros) no aparecen desplegadas en el análisis concreto de los regímenes de gubernamentalidad, que exhiben, paradójicamente, una notoria despreocupación tanto respecto a la cuestión de los “conflictos sobre quién puede hablar, de acuerdo a qué criterio de verdad...”, como respecto de los “afectos y pasiones que [la palabra] moviliza”.

Contradiendo sus propios proyectos, Rose, Dean, Miller, Gordon, entre otros, se asoman a los textos con una actitud que se aproxima, peligrosamente, al idealismo: brindan magníficas descripciones e interpretaciones de los vocabularios, objetivos, reflexiones que conforman los programas de gobierno que, así, son caracterizados como unidades coherentes e idénticas a sí mismas, estructuradas en torno a un *ethos* común (liberal, neoliberal, social).

Con todo, creemos que la importancia que Nikolas Rose atribuye (al



comienzo de *Powers of Freedom*) a la dimensión del conflicto y a la relación entre las palabras y las cosas, constituye un dato por demás de sugerente para, a partir de allí, introducir al debate unas miradas y preguntas que aún siendo extrañas al campo de los GS pueden ayudarnos a pensar y a trabajar con el lenguaje (que, nuevamente, es constitutivo del gobierno) desde una perspectiva genuinamente materialista. Si bien este no es lugar para desplegarlas, no queremos dar por finalizado este apartado sin dejar planteadas, al menos, algunas líneas de indagación e interrogantes que, entendemos, contribuyen a superar las limitaciones del enfoque de los GS, al menos en lo que al tratamiento del lenguaje se refiere.

Comencemos con la inquietud relativa al conflicto. Dicha cuestión ha sido objeto de una larga elaboración (tanto teórica como operativa) al interior de las teorías “materialistas” del discurso (tal como la han desarrollado en Francia Michel Pêcheux y Jean Jacques Courtine). Esas teorías asumen que las contradicciones están inscriptas en los procesos de enunciación y (a contrapelo de la coherencia y transparencia que los GS atribuyen a los programas de gobierno) conciben a todo conjunto de discurso como una “unidad dividida”, en una *heterogeneidad* con relación a sí misma (Courtine, 1981:33). Para esta mirada, el análisis de un “régimen completo de enunciación” demanda,¹⁴ de parte del investigador, el dominio de estrategias que le permitan circunscribir, en su aproximación a los textos, la dimensión del interdiscurso,¹⁵ el espacio dónde -en los textos- se expresa la contradicción como principio de inteligibilidad de la lengua, del sujeto y de la gubernamentalidad. Es ese registro del interdiscurso, el que permite hacer, de la contradicción, un “objeto de análisis” (Courtine, 1981:12).

Frente a tal clase de planteos, no sólo se trata de señalar (como ya se ha hecho) que para los GS los “materiales” del gobierno son, casi exclusivamente, “programas”. También es preciso indicar que la heterogeneidad constitutiva del discurso y del sujeto (Authier-Revuz, 1984:2) contamina a los programas de gobierno, no menos que a cualquier otra clase de textos. Ellos nunca son pura actualidad: aún exhibiéndose nunca pueden ser enteramente significados a partir de sí mismos. En este sentido, es

sintomático que, para reforzar la idea de la agencia, del “vínculo productivo” entre programas y resistencias, O’Malley *et. al* (1997:515) recurren a Bajtín afirmando que se precisa de una “sensibilidad capaz de discernir la heteroglosia social”, aún en discursos (como el de la gobernancia, *governance*) en los que sus huellas parecen totalmente borradas (O’Malley *et al*, 1997:515). Nuevamente, las “intenciones” manifiestas (y muchas veces incumplidas) de los GS se muestran consonantes con nuestra propuesta.

Consideremos, en segundo lugar, la inquietud relativa a la conexión entre las palabras y aquello que “carece de texto”. En torno a esta cuestión, la mayor contribución de los GS ha consistido en mostrar el carácter productivo, performativo, del lenguaje “en su relación con” unas técnicas, unos mecanismos y procedimientos. Pero tal clase de análisis (reducido al circuito *episteme-techné*) no ha conducido a morigerar el peso que las racionalidades desempeñan, para estos autores, en la descripción de la gubernamentalidad. Ciertamente, también las teorías materialistas del discurso se han mantenido (y esto en virtud de su propio objeto) relativamente alejadas de aquella inquietud. Pero, aunque su interés se circunscribe al discurso (como lugar de producción de sentido), no dejaron de formular una advertencia que merece ser escuchada: en el análisis de la “especie discursiva” el investigador no debería perder de vista el *punto de exterioridad* de los discursos en relación “a” (un régimen de gubernamentalidad, una formación ideológica), esto es, el *décalage* entre los elementos discursivos y los no discursivos (imágenes, representaciones sociales, afectos), entre aquello que es del orden del *logos*, con aquello que carece de texto: superficies, afectos, pasiones.

Esta inquietud, digamos “metodológica” (que parece sólo relativa al uso que los GS hacen del lenguaje) está conectada con otro registro, de carácter conceptual, íntimamente ligada a ella aparece el problema del excesivo énfasis que este enfoque deposita sobre las racionalidades de gobierno. La importancia que, en las analíticas del presente, se atribuye a esta última noción, luce doblemente peligrosa por dos razones.

En primer lugar, porque traiciona la promesa de los GS de atender a las maneras en que las palabras, los vocabularios, etc. funcionan en conexión con



otras cosas,¹⁶ que se resisten a ser procesadas por el orden del discurso. Así como el olvido de los presupuestos y efectos estructurales asociados a los programas de gobierno deja perplejo al investigador social, algo semejante sucede con la confianza (desmesurada) que estos autores atribuyen al poder de cálculo, a aquello que es del orden de la racionalidad, cuando -al menos desde Freud- sabemos que no sólo la respuesta a una demanda nunca es completa, sino que ella misma obedece siempre a unos mecanismos psíquicos que escapan al registro de la conciencia, e involucra un registro “mudo” del cuerpo. La inquietud respecto de las condiciones en las que los sujetos se dejan conducir (o auto-conducir, poco importa) permanece obturada.¹⁷

En su descripción del gobierno, los GS han logrado circunscribir y transitar exitosamente un circuito que incluye los polos *episteme-techné*, también en la descripción de los procesos de subjetivación. Pero, si bien reconocen, como Foucault, que el poder *circula*, los circuitos que montan para entender la gubernamentalidad no incluyen el polo del “goce”. Ahora, ¿se puede comprender el gobierno sin contornear siquiera estos “desbordes”, sin plantear el desafío -aunque sea- de describir unas escenas de poder?

En segundo lugar, el excesivo énfasis sobre las racionalidades introduce criterios de jerarquización y ordenamiento en el terreno de la enunciación, filtrando el ingreso de discursos menores, cuyas propiedades no alcanzan a satisfacer los estándares que definen una “racionalidad política”. Además de reducir prácticamente el análisis del gobierno a la descripción de unas mentalidades, los GS -reproduciendo un gesto que el propio Foucault ensayó-¹⁸ reducen drásticamente el repertorio de las que están dispuestos a identificar y caracterizar, al punto que, como señalamos anteriormente, la trayectoria que organizan para el siglo XX está conformada sólo por *variaciones del liberalismo*: liberalismo clásico-liberalismo social-liberalismo avanzado. En sus historias del presente no solo faltan importantes capítulos (colonialismos, fascismos, dictaduras). Al mismo tiempo, se leen géneros mayores (el liberalismo) y otros menores (gobernar desde *un punto de vista social*).

Conclusiones

Resulta ineludible, por su ímpetu, el movimiento mediante el cual los GS han procurado desplazarse respecto de varios linajes. Sobre esa auto-comprensión y el caudal de comentarios y críticas a los que dio lugar no insistiremos. Basta con mencionar algo que nunca ha dejado de sorprendernos: una suerte de compulsión por librarse “de” (el estructuralismo, el marxismo, la filosofía de la historia, las dicotomías del pensamiento político moderno, etc.) habita esos textos, al punto que, como sugieren algunos críticos (Frankel, 1997), la persistente ausencia de ciertos conceptos (“capitalismo”, “clases sociales”) hace sospechar que los GS han construido sus propios tabúes.

Este no es el lugar para saldar cuentas con las “promesas” de ese enfoque, con su proyecto crítico, con su vocación por renovar el aparato conceptual con el cual pensar la relación entre saber, poder y subjetividad. Lo cierto es que, en la repetición, las herramientas conceptuales que estos autores elaboraron para pensar la gubernamentalidad terminó funcionando (y esto en contra de sus propias intenciones) como una suerte de retórica. Como el liberalismo es, en palabras de Foucault, un “arte de gobierno”, los GS se transformaron en un arte para hablar, escribir y, en fin, convencer, acerca del gobierno. Movilizada para describir formas heterogéneas de conducción, la tríada de las racionalidades, los programas y las tecnologías exhibió la ductilidad y eficacia de una retórica pero, asimismo -y, tal vez, por esa misma contundencia persuasiva- sus debilidades.

En este artículo nos interesó mostrar algo de lo que la historia (argentina) de “lo social”, su “desconversión” y el “neoliberalismo” aporta en la descripción y comprensión de la *heterogeneidad* constitutiva que atraviesa a *todo régimen de gubernamentalidad* y que resulta relativamente desatendida por los GS.

A partir de los encuentros y desencuentros con las categorías que estos estudios proponen, intentamos mostrar que el concepto de racionalidad política, es un problema para el análisis de la gubernamentalidad en la Argentina y otros países “atrasados”. Por una multiplicidad de razones -entre

las que pueden anotarse la propia dinámica de la traducción/recepción de los discursos expertos y las doctrinas de gobierno, las debilidades constitutivas de las instituciones, las deudas históricas con las “mediciones”, la ausencia de “auténticas” burguesías nacionales, etc.- en nuestro país la gubernamentalidad se ha presentado históricamente bajo la forma de *patchwork*. En lugar de *ethos* constitutivos (“el gobierno a través del mercado” – “el gobierno a través de la sociedad”), de reflexiones explícitas, mostradas, desplegadas *tout court*, aquí abundan las palabras a medio decir, las vacilaciones, las marchas y contramarchas y, sobretudo, las composiciones *ad hoc* ¿Cómo volver inteligible la gubernamentalidad en América Latina sin considerar la doctrina social de la Iglesia, el neo-corporativismo del peronismo, la doctrina de la seguridad nacional, los planes contra-insurgentes de las fuerzas armadas imperiales, las teorías de la dependencia, los planes de la Alianza por el Progreso, la teología de la liberación, etc? Dudamos seriamente de la productividad de reducir todas estas figuras a meros pliegues de una Razón Liberal.

Uno de los más serios problemas de reducir las racionalidades al liberalismo es que ello presupone que la única ciencia desde la que se ha racionalizado el gobierno en el siglo XX es la economía, lo cual, dicho sea de paso, atribuye un enorme poder al ¿último? eslabón de la cadena de significación que los GS han conseguido decodificar y que es, precisamente el neoliberalismo. En la forma como estos autores interpretaron la idea foucaultiana de gubernamentalidad, se advierte un sesgo economicista, que los lleva a desconsiderar otras racionalidades (como el “neo-corporatismo”, el nacionalismo, el fascismo) donde la propuesta pasa por gobernar, por ejemplo, *en nombre de la política*.

La relativa miopía que estos estudios exhiben frente al carácter complejo de los regímenes de gubernamentalidad (y cuyo saldo es un efecto de parcial “desconocimiento”) no deja de estar vinculada con el desapego que muestran frente al problema (teórico-metodológico) de la materialidad del lenguaje: de las contradicciones que anidan en él, de la “especificidad” de los diversos discursos (científicos, políticos, etc.) y de sus relaciones con los cuerpos y sus goces, las masas y sus rituales, las imágenes y sus silencios.



Ahora bien, a partir de lo expuesto y en un nivel general (en el que opera la excepción de la excepción), sostenemos (como hemos argumentado en el segundo apartado) que la noción de “racionalidades de gobierno”, cortada sobre el modelo ideal del liberalismo, es demasiado estrecha para comprender las diversas constelaciones enunciativas que han sido constitutivas de los regímenes de gubernamentalidad (incluidas las del “centro”) a lo largo de la historia del siglo XX y del XXI y, que, al mismo tiempo, han amenazado, desafiado, resistido esos regímenes y/o han contribuido a imaginar formas alternativas de conducción.

Si bien el planteo que efectuamos está condicionado, como ya dijimos, por las particularidades de la recepción de los GS en la Argentina y los problemas que emergen de nuestras peculiares gubernamentalidades, el propósito de esta contribución no se limitó a señalar la singularidad -nunca desprovista de cierto exotismo para la mirada de los “ojos imperiales” (Pratt, 1997)- de los usos “locales” de dicho movimiento. Nos interesó hacer del *Sur* (De Sousa Santos, 1998), antes que un espacio de acumulación de excepciones, un punto de vista para la crítica. Pensamos, en ese sentido, que las investigaciones y ensayos producidos bajo la inspiración de los textos anglo-foucaultianos, no sólo expresan particularidades de la gubernamentalidad en la Argentina, sino que refractándose sobre esa literatura “fundadora”, también dicen algo acerca de las maneras de pensar el gobierno: en una dinámica que no deja de ser especular, se alimentan de las herramientas de los GS al tiempo que señalan sus restricciones y las reinventan. En efecto, ¿cómo analizar esas formas del gobierno que actúan a través de las bases de Guantánamo, de las proclamas inglesas de “*one nation*”, de la Guerra (fría, imperial, mundial) o de “*tea parties*” a los que no están invitados los inmigrantes “cazados” cada día en la frontera? Parece poco prometedor reservar como herramienta de análisis para estos elementos diversos y dispersos una racionalidad o el lugar de “excepción” frente a normalidades verdaderas y coherentes en las que reinaría, al fin, la autonomía individual y el *rule of law*.

Referencias bibliográficas

- AGAMBEN, Giorgio. (2003). *Homo sacer*. Valencia: Pre textos.
- AGUILAR, Paula; ALÚ, Mariano; DIMARCO, Sabina; GRONDONA, Ana; MONTERO, Ana Soledad. (2006). "Empoderamiento, lazo comunitario y construcción de subjetividades. Aproximación a la estrategia de lucha contra la pobreza en documentos del Banco Mundial". En Susana Murillo (coord.), *Banco Mundial. Estado, mercado y sujetos en las nuevas estrategias frente a la cuestión social* (pp. 55-79). Buenos Aires: Ediciones del Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini. Cuadernos de Trabajo N° 70.
- AUTHIER-REVUZ, Jacqueline. (1984). "Hétérogénéité(s) énonciative(s)". *Langages*, 73, 98-111.
- BUNGE, Alejandro. (1920). *Los problemas económicos del presente*. Buenos Aires: Kraft.
- BUTLER, Judith. (1997). *Mecanismos psíquicos del poder*. Madrid: Cátedra.
- COURTINE, Jean Jacques. (1981). « Analyse du discours politique (le discours communiste adressé aux chrétiens) ». *Langages*, 62, 5-128. Trad. Castellana María del Carmen Saint-Pierre. Supervisión: Giovanna Winckler. Recuperado de <http://www.magarinos.com.ar/courtine.htm>
- CRUIKSHANK, Barbara. (1994). "The will to empower: technologies of citizenship and the war on poverty". *Socialist Review*, 23 (4), 29-55.
- DE MARINIS, Pablo. (1998). "La espacialidad del Ojo miope (del Poder)". *Archipiélago. Cuaderno de crítica de la cultura*, 34-35, 32-39.
- DE MARINIS, Pablo. (2005). "16 comentarios sobre la(s) sociología(s) y la(s) comunidad(es)", *Papeles del CEIC*, 15, 1-15.
- DE MARINIS, Pablo. (2011). "La teoría sociológica y la comunidad. Clásicos y contemporáneos tras las huellas de la 'buena sociedad'". *Entramados y Perspectivas*, 1 (1), 127-164.
- DEAN, Mitchell. (1991). *The constitution of poverty: toward a genealogy of liberal governance*. London: Routledge.
- DEAN, Mitchell. (1999). *Governmentality. Power and Rule in Modern Society*. London: Sage.



- DONZELOT, Jacques y GORDON, Collin. (2008). "Governing liberal societies – the Foucault Effect in the English-speaking world". *Foucault Studies*, 5, 48-62.
- DONZELOT, Jacques. (2007). *La invención de lo social. Ensayo sobre la declinación de las pasiones políticas*. México: Nueva Visión.
- EVANS, Stephan. (2009). "The Not So Odd Couple: Margaret Thatcher and One Nation Conservatism". *Contemporary British History*, 23 (1), 101-121.
- FOUCAULT, Michel. (2006). *Seguridad, territorio y población*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- FOUCAULT, Michel. (2007). *El Nacimiento de la Biopolítica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- FRADE, Carlos. (2007). "Gobernar a otros y gobernarse a sí mismo según la razón política liberal". *Revista española de investigaciones sociológicas*, 119, 35-63.
- FRANKEL, Boris. (1997). "Confronting neoliberal regimes: The post-marxist embrace of populism and realpolitik". *New Left Review*, 226, 57-92.
- GLOZMAN, Mara y MONTERO, Ana Soledad. (2010). "Lecturas de nunca acabar: consideraciones sobre la noción de *interdiscurso* en la obra de Michel Pêcheux". *Cadernos de Letras da UFF*, Dossiê: Letras, linguística e suas interfaces, 40, 75-96. Recuperado de <http://www.uff.br/cadernosdeletrasuff/40/artigo3.pdf>
- GRINBERG, Silvia. (2007). "Gubernamentalidad: estudios y perspectivas". *Revista Argentina de Sociología*, 5 (8), 97-112.
- GRONDONA, Ana. (2009). "How old ideas become new: the ever returning program of 'community development'". International Sociology Association RC19. Conference Travelling Ideas, Montreal. Disponible en http://www.cccg.umontreal.ca/RC19/PDF/Grondona-A_Rc192009.pdf
- GRONDONA, Ana. (2012a). "'Tradición' y 'traducción': un estudio de las formas contemporáneas del gobierno de las poblaciones desempleadas en la Argentina". Tesis de Doctorado, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Disponible en <http://www.centrocultural.coop/descargas/tesis/tradicion-y-traduccion-un-estudio-de-las-formas-contemporaneas-del-gobierno-de-las->



poblaciones/descargar.html

GRONDONA, Ana. (2012b). "Antídoto y utopía. Una lectura de la dimensión comunitaria en el liberalismo clásico". *Leviathan*, 4, 89-107. Disponible en: <http://www.fflch.usp.br/dcp/leviathan/index.php/leviathan/article/view/127>

Haidar, Victoria y GRONDONA, Ana. (2010). "La comunidad, dispositivo de reforma: de Tocqueville al neoliberalismo y la *Progressive Reform*". Primeras Jornadas de Investigaciones Socioculturales sobre Moralidades, Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín, 27-28 de mayo del 2010 (inédita).

Haidar, Victoria. (2008). *Trabajadores en riesgo. Una sociología histórica de la biopolítica de la población asalariada*. Buenos Aires: Prometeo.

Haidar, Victoria. (2011a). "Hacer vivir, hacer producir: Racionalidades y tecnologías para el gobierno de la salud y la enfermedad laboral (Argentina, 1995-2007)". Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

Haidar, Victoria. (2011b). "Todo hombre en su justo lugar: la 'solución' biotipológica al conflicto entre productividad y salud (Argentina, 1930-1955)". *Salud Colectiva*, 7 (3), 317-332.

Haidar, Victoria. (2012). "El neoliberalismo y el problema de 'cómo vivir juntos': la comunidad en la obra de Friedrich Hayek". *Estudios Políticos*, 4, (post). Disponible en: <http://revistaestudiospoliticos.com/el-neoliberalismo-y-el-problema-de-%E2%80%9Ccomo-vivir-juntos%E2%80%9D-la-comunidad-en-la-obra-de-friedrich-hayek-por-victoria-haidar/>

Haidar, Victoria. (en prensa). "Neoliberalismo, biopolítica y comunidad: Los conflictos en torno al régimen de gobierno de células madre de cordón umbilical en Argentina". *Revista Brasileira de Políticas Públicas*, 4 (1).

Hunt, Alan y Wickham, Gary. (1994). *Foucault and the Law: toward a sociology of law as governance*. London: Pluto Press.

Lemke, Thomas. (2005). "Biopolitics and Beyond. On the Reception of a Vital Foucauldian Notion". Recuperado de http://www.biopolitica.cl/docs/Biopolitics_and_beyond.pdf

Lemke, Thomas. (2010). "From state biology to the government of life:

- Historical dimensions and contemporary perspectives of 'biopolitics'. *Journal of Classical Sociology*, 10 (4), 421-438.
- LIST, Friederich. (1955). *Sistema nacional de economía política*. Madrid: Aguilar.
- LLACH, Juan. (2004). "Alejandro Bunge, la Revista de Economía argentina y los orígenes del estancamiento económico argentino". *Valores de la sociedad industrial*, 59, 51-65.
- LOSURDO, Domenico. (2005). *La contrahistoria del liberalismo*. Mataró (Barcelona): El viejo topo.
- MALPAS, Jeff y WICKHAM, Gary. (1995). "Governance and failure: on the limits of sociology". *Journal of Sociology*, 31 (3), 37-50.
- MILLER, Peter y ROSE, Nikolas. (1990). "Governing economic life". *Economy and Society*, 19 (1), 1-31.
- MURILLO, Susana. (2008). *Colonizar el dolor. La interpelación ideológica del Banco Mundial en América Latina. El caso argentino desde Blumberg a Cromañón*. Buenos Aires: CLACSO.
- O'MALLEY, Pat, WEIR, Lorna y SHEARING, Clifford. (1997). "Governmentality, criticism, politics". *Economy and Society*, 26 (4), 501-517.
- O'MALLEY, Pat. (2006). "Risk and criminology". En Gabe Mythen & Sandra Walklate (eds.), *Critical Reflections on Risk and Human Security: Towards a Holistic Approach* (pp. 43-59). London: McGraw-Hill/Open University Press.
- PÊCHEUX, Michel. (1990). *L'inquietude du discours*. Paris: Éditions des Cendres.
- POLANYI, Karl. (1989). *La gran transformación*. Madrid: La Piqueta.
- PRATT, Marie Louise. (1997). *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Buenos Aires: Universidad de Quilmes.
- ROSE, Nikolas y MILLER, Peter. (1992). "Political power beyond the State: problematics of government". *British Journal of Sociology*, 43 (2), 173-205.
- ROSE, Nikolas y MILLER, Peter. (2008). *Governing the Present: Administering Economic, Social and Personal Life*. London: Polity Press
- ROSE, Nikolas. (1999). *Powers of freedom. Reframing political thought*. Cambridge: Cambridge University Press.

ROSE, Nikolas. (2007). *The Politics of life itself. Biomedicine, power and subjectivity in the twenty-first century*. New Jersey: Princenton University Press.

ROSE, Nikolas. (2007b). "¿La muerte de lo social?". *Revista Argentina de Sociología*, 8 (5), 113-152.

DE SOUSA SANTOS, Boaventura. (1998). *De la mano de Alicia. Lo social y lo político en la postmodernidad*. Colombia: Siglo del Hombre Editores.

TROTSKY, Leon. (1999). *La historia de la Revolución Rusa*. Recuperado de Marxists Internet Archive:

<http://www.marxists.org/espanol/trotsky/1932/histrev/tomo1/index.htm>

Notas

¹ Corresponde aclarar que en las diversas recapitulaciones que autores como Nikolas Rose, Peter Miller, Colin Gordon han efectuado respecto de la trayectoria de los GS tienden a acentuar sus desplazamientos en relación de toda una serie de denominaciones ("discípulos de Michel Foucault", "Escuela Británica de la Gubernamentalidad") e insisten en negar que constituyan una "escuela" (Rose y Miller, 2008:8).

² El dominio de actualidad está constituido por aquellas secuencias discursivas que coexisten con la secuencia discursiva de referencia (así, en este caso, los enunciados provenientes de los discursos del BM o de los movimientos sociales). En ese dominio las formulaciones se citan, se responden, se soslayan o refutan, lo que da un aspecto "dialogado" a la constitución del dominio de actualidad (Courtine, 1981:66).

³ Tanto, que desatendimos ese tono celebratorio del "liberalismo avanzado" que por momentos destilan los GS. Un ejemplo de ello es la paradigmática interpelación de Rose en las conclusiones de "¿La muerte de lo social?": "no deberíamos simplemente condenar las injusticias y las desventajas que conlleva la des-socialización del gobierno sino, también, involucrarnos creativamente con las posibilidades abiertas por los imperativos de actividad y las imágenes de afinidades plurales. El papel de tales análisis no debería ser alabar o culpar sino diagnosticar, a fin de *determinar los puntos de debilidad que podrían ser explotados si hubiéramos de maximizar las capacidades de los individuos y de los colectivos para forjar los conocimientos, confrontar a las autoridades y configurar las prácticas que los gobernarán en nombre de sus libertades y compromisos*" (Rose, 2007b: 353, énfasis nuestro).

⁴ La perspectiva de los AF reconoce la necesidad de dar cuenta de este carácter ensamblado. Así, Mitchell Dean (1991) sostiene que un régimen de prácticas de gobierno supone un complejo proceso de articulación de elementos provenientes de *múltiples fuentes* que resultan ensamblados en formas institucionales relativamente estables. A pesar de estos reparos, insistimos en que en algunos de sus análisis termina por construirse totalidades bastante homogéneas (singularmente la de "el liberalismo", ver Frankel, 1997:81).

⁵ En nuestro recorte de la referencia hemos pasado por alto las valoraciones respecto de "culturas primitivas" y los presupuestos que comporta la idea de "avance-retraso".

⁶ No es este el lugar para explayarnos sobre estas cuestiones. Conviene aclarar, como indicación general, que nos referimos, por una parte, a la planificación económica llevada adelante por los distintos gobiernos peronistas (desde 1945-1955 y desde 1973-1975), a través



de intervenciones directas en el mercado (verbigracia, nacionalización del comercio de granos). Por otro lado, a perspectivas que, más cifradas en una lógica tecnocrática buscaban el desarrollo *nacional* interviniendo en determinadas variables económicas (en particular la inversión, motorizada por el ahorro interno o bien por inversiones extranjeras). Para una descripción más detallada de ambas racionalidades de gobierno de las poblaciones remitimos al lector a Grondona, 2012.

⁷ El seguro social tuvo un desarrollo limitado en la Argentina. Algunas de sus coagulaciones parciales (el seguro contra el desempleo y contra los riesgos del trabajo) recién tuvieron lugar durante la década del '90, bajo el signo de la gubernamentalidad neoliberal (Grondona, 2012a para el seguro de desempleo y Haidar, 2011b, para el seguro de riesgos del trabajo).

⁸ La retórica reacia al "Estado social" en la Argentina incluyó una contestación liberal-autoritaria a la "orgía demagógica" del populismo y sus consumos subsidiados, que habían producido una "multitud insectiforme". Así, lo refería Ricardo Zinn, autor del plan económico que en 1975 transformaría el papel del mercado interno ("el Rodrigazo", por Celestino Rodrigo Ministro de Economía) a partir de una caída de hasta el 50% en los salarios reales (en Grondona, 2012a).

⁹ Nos referimos, por una parte a la mega-devaluación salarial de 1975 mencionada en la cita precedente, al dispositivo de terrorismo de Estado puesto en marcha entre 1976 y 1983, a la reforma financiera y económica de esos años inspirada en la denominada "Escuela de Chicago", finalmente, a las sucesivas desestabilizaciones financieras de las que fue objeto la gestión democrática entre 1983-1989.

¹⁰ Si bien la cuestión de la biopolítica no ha sido un tema central en las investigaciones de las autoras, ambas han reflexionado en torno a las condiciones de posibilidad para la emergencia y el gobierno de las poblaciones (asalariada y desempleada), la configuración de diversos capitales humanos y el modo en que en ello han actuado dispositivos de "maximización" del cuerpo individual y colectivo (Haidar, 2011a, Grondona, 2012a). Sobre esto volveremos en el apartado siguiente. Más recientemente, Haidar (en prensa) ha trabajado en temas afines a los que han reclamado la atención de Nikolas Rose en su libro sobre biopolítica.

¹¹ Estas inquietudes, junto con otras, orientaron a Pablo de Marinis (2005) a la conformación de un equipo de investigación sobre las teorías sociológicas de la comunidad, del que ambas autoras forman parte, y en cuyo marco se ha venido produciendo una abundante literatura que tiende a exhibir el carácter "multidimensional" del concepto de comunidad.

¹² Los cuales no incluyen ni referencias a la caída del socialismo real ni a los efectos de redistribución de la renta entre las clases sociales asociados a las medidas neoliberales.

¹³ Las anotaciones de Rose (1996; 1999), aunque sugerentes, no constituyen el centro de su análisis. Por el contrario, en el de Dean (1999) la reflexión en torno de este punto se muestra más jerarquizada.

¹⁴ Somos conscientes que el concepto de "régimen de enunciación" que utilizan los GS no es totalmente intercambiable con aquellos de "proceso de enunciación" y de "formación discursiva" por los que se inclinan las teorías del discurso. Tampoco el concepto de "discurso político", sin más, es totalmente intercambiable con el de "racionalidad política". Independientemente de ello, en este tramo del artículo nos permitiremos cierta promiscuidad en el uso de estos términos, por una parte, porque con ello creemos hacer justicia con la deuda (reconocida o no) que todos estos autores tienen con los escritos arqueológicos de Foucault y, por la otra, porque la finalidad que inspira estas reflexiones es promover y facilitar el diálogo entre el enfoque de los GS y las teorías materialistas del discurso.

¹⁵ El interdiscurso tiene tanto un estatuto teórico como un estatuto operativo. Teóricamente, designa la "exterioridad específica" de un proceso discursivo dado, es decir, los procesos que intervienen en la constitución y la organización de dicho proceso (Pêcheux, 1990:171). Operativamente, la noción de interdiscurso permite aislar todas aquellas formulaciones textuales (previas, coetáneas o prefiguradas) que se relacionan con una secuencia discursiva de referencia (Courtine, 1981). Para un trabajo sobre esta perspectiva, remitimos al lector a Glzman y Montero, 2010.

¹⁶ Aquí podemos conformar series que incluyan representaciones, rituales, manifestaciones de efervescencia social, emociones y, en términos del psicoanálisis lacaniano, "goces".

¹⁷ Al respecto, resultan particularmente valiosos los aportes de Judith Butler (1997).

¹⁸ En *Nacimiento de la biopolítica* (2007), Foucault señala que el socialismo carece en sí mismo de racionalidad gubernamental, y que, por el contrario, su pensamiento sobre el gobierno toma prestados elementos del liberalismo.

Fecha de recepción: 10 de mayo de 2012. Fecha de aceptación: 13 de junio de 2012.